

Bien pudiéramos emprender aquí una larga serie de obispos y santos, de escritores eclesiásticos tan notables por su piedad y celo como por su mérito literario, pero necesitaríamos mas espacio que el que nos hemos propuesto; y sería dilatar nuestro escrito más de lo que queremos; y como no sea absolutamente necesario para el fin que motiva nuestro escrito, porque creemos suficiente lo dicho para vindicar al clero de la nota que se le quiere imprimir, de aquí es que en obsequio á la brevedad haremos mérito de algunos tan solamente en corroboracion de lo que llevamos dicho. S. Fulgencio, obispo de Ruspa, es llamado por Bossuet el mas insigne teólogo y el santo mas eminente de su tiempo; escribió con mas claridad y órden que se hacia en su tiempo: desterrado por Trasamundo á la Libia con otros setenta obispos, sin embargo de ser el más jóven, gozó de la principal autoridad, y era consultado desde los paises mas remotos. De S. Remi nos quedan cuatro cartas y su testamento. Fausto, abad de Lerins, escribió contra los arrianos sobre la gracia y sobre el libre albedrío. S. Cesareo, arzobispo de Arlés, fué educado en la abadía de Lerins, asilo de la paz, donde en la época en que la espada de los bárbaros desmembraba trozo á trozo el imperio romano, se albergaron, como el alcion, bajo una flor marina, la ciencia, el amor, la fé, cuanto consuela, encanta y regenera á la afligida huma-

nidad¹; presidió varios concilios, fué tenido como sospechoso por Alarico y Teodórico; aquel le destierra, éste le hace comparecer encadenado, pero á su vista se conmueve, le devuelve la libertad y le regala una copa de oro del peso de sesenta libras, y sesenta monedas de oro que empleó en rescatar los prisioneros. Tenemos de él setenta sermones llenos de símiles de la vida doméstica que le hacen aparecer mas apostólico y sencillo, se dirige á los sentimientos naturales del alma, es todo amor y amigo del pueblo, y podria llamarse un orador consumado por su claridad y elegante sencillez, que tan bien cuadran al orador, y sobre todo al Evangelio. De S. Colombano tenemos su regla, diez y seis sermones llenos de fuego é imaginacion, en los cuales se nota una rigidez que con nada transige, y una insistencia que admira. Las homilias que tenemos de Lorenzo, obispo de Novara, acreditan que no en vano adquirió el título de meloso y dulce con que le distinguió su siglo.

Pasando á la historia, encontramos que todos los que de ella se ocupan, si se exceptúa Marcelino, conde de Iliria, pertenecen al clero; á él, pues, debemos cuanto de aquellos tiempos sabemos. Víctor, obispo de Vita, escribió la historia de la persecucion vándala. El sabio Gildas, fundador

¹ Lammenais.—Asuntos de Roma.

del monasterio de Ruyo, escribió los acontecimientos que tuvieron lugar en Bretaña, poniendo por título á su obra: *Liber querulus de asecidio Britannia*. Dionisio el Exiguo, además de las decretales, compuso un ciclo pascual que comprendía un periodo de noventa y cinco años. Fué el primero que contó desde el nacimiento de Cristo, substituyéndole á la era de los mártires empleada hasta entonces. El venerable Beda describe este ciclo, y en la crónica *de sex mundi aetatibus ab orbe condito adaunum*, colocó antes que otro alguno los años, según aquella era, que después se llamó vulgar. El obispo Jornandes reunió la historia de los godos y sacó de Floro un compendio de la historia romana. Víctor, obispo de Taunna, prosiguió la crónica de Próspero de Aquitania; á éste continuó el español visogodo Juan, monje de los Pirineos, y sin él careceríamos de muchas é importantes noticias de aquel tiempo concernientes á nuestra patria. Mario, obispo de Abranches, continuó también la crónica de Próspero. A estos hombres infatigables debemos, pues, cuanto en aquel tiempo sucedió; y si hubieran sido holgazanes é inútiles, seguro que no tendríamos estos monumentos que consultar, ni sabríamos los sucesos de pueblos que solo pensaban conquistar, ni las calamidades que pasó la Europa, ni las desgracias que afligieron la humanidad. Si hubieran sido egoistas no hubieran trabajado más que pa-

ra sí, ni hubieran salvado á los demás, ni menos consignado sus glorias y trabajos.

Mas dejemos por ahora los comentarios y prosigamos los hechos; dejemos las reflexiones y vamos á ocuparnos de los hombres ilustres que nos falta reseñar, y presentemos los trabajos literarios que los ilustran, que ellos son su mejor apología y el más concluyente argumento contra sus enemigos, que á su vista no podrán menos de conocer su ligereza en haber juzgado tan desfavorable y acremente unos institutos y unos hombres á quienes tanto debe la república literaria como la sociedad, y cuyos trabajos y servicios tan interesante papel representan en el teatro del mundo, que por mucho que se rebajen y afeen aparecerán entre las sombrías tintas de la calumnia con la brillantez que el sol entre los espesos nubarrones de la tempestad, para hacer más hermosa la luz de la verdad y más bello el triunfo de la inocencia, que todos los dicerios no pueden manchar.

En España, en nuestra patria misma, además del monje Juan, brilla el ínclito é ilustre arzobispo de Sevilla, S. Isidoro: este varón, infatigable en cuanto decia relación con la sociedad y la religión, después de defender sus derechos en los concilios, á pesar de los muchos cuidados de su ministerio pastoral, los momentos que éstos le dejaban libres los invertía en el estudio, siendo el

fruto de estos desvelos los veinte tomos de los *Orígenes ó Etimologías* que concluyó su amigo S. Braulio de Zaragoza. En esta obra se encuentra una enciclopedia de cuanto se sabia en su tiempo; trátase en ellas, primero de la gramática, historia, retórica, filosofía, aritmética, música, astronomía, medicina, jurisprudencia y cronología; despues de la Biblia, bibliotecas, manuscritos, concilios y calendarios; en seguida el autor discurre sobre Dios, los ángeles, los hombres y la fé; mas adelante sobre las herejías, sibilas, nigrománticos y dioses falsos; luego se ocupa de las diversas lenguas, de los nombres de los pueblos y de las dignidades; y finalmente, busca la etimología de muchas palabras de difícil comprension, y ha tratado de la diferencia de distintas palabras, atribuyéndosele diferentes glosarios. Como historiador, nos ha dejado su *imago mundi*, que es una crónica que comprende desde la creacion hasta Heraclio ¹, dos historias de los pueblos germanos que fundaron reinos en España ², con un apéndice de los vándalos y los suevos, y prosiguió el catálogo de los escritores eclesiásticos que empezó S. Gerónimo ³. Se ha criticado á tan esclarecido varon, de que sus escritos

1 De temporibus, ó Abbreiator temporum, ó de sex mundi aetatibus.

2 De Hist. sive Chronicon gothorum. Chronicon breve regni visigothorum.

3 Catalogus de viris illustribus.

tienen varios lunares, y esta crítica no podemos dejarla correr sin algunas observaciones. En primer lugar, los escritores adolecen de las circunstancias de los tiempos en que escriben, y si éstos son cultos, culto su estilo; si poco pulido, poco pulido; y por lo mismo vemos que todos los escritos se resienten del estado de la época y del pais en que escribieron sus autores; así, pues, no es de extrañar, que en nuestro santo se observe lo mismo, pues al fin era hombre como los demas; pero sí extrañamos nosotros que se le inculpe y á los demas se les absuelva, y no acertamos con la causa, á menos que no repitamos lo que tantas veces hemos dicho, de que procede de su estado, lo cual seria un disparate hasta despreciativo. A lo dicho añadiremos que, si tiene esos lunares, que tal vez en su tiempo serian bellezas, pues volvemos á decir, que para juzgar á los escritores es necesario colocarlos en el siglo y pueblo en que escribieron; por lo demas, es cierto que sin él careceriamos de muchas noticias históricas del mayor interes que en sus escritos nos ha dejado consignadas, así como muy nuevos y curiosos detalles que por sí solos bastarian para dar reputacion de sabios y renombre de literatos á los mismos que le censuran y que se envanecerian con haber publicado la menor de sus obras.

A su discípulo S. Ildefonso, arzobispo de Toledo, debemos una historia de los godos que conclu-

ye en su muerte; la prosiguió Juan Pomerio, también prelado de la misma diócesis, y la continuó hasta el siglo XIII un obispo de Tuy. Estos son los hombres eminentes de esta época en España, á los cuales pudiéramos añadir Isidoro, obispo de Beja, ó Pacense; S. Eugenio, de Toledo, que escribió versos elegiacos y morales; Isidoro y Julian, que ocuparon la misma sede y escribieron himnos, epitafios y epigramas; Paulino, que escribió cartas é himnos, y varios otros que omitimos por no hacer demasiado difuso nuestro escrito. Sin embargo, de buena voluntad deseáramos que nuestros impugnadores nos manifestasen un catálogo igual de seglares consagrados á las letras, y que con su laboriosidad, no solo tuvieran estos lunares que al clero se imputan, sino mayores, que entonces nosotros los encomiaríamos y aun haríamos más, los pondríamos en lugar preferente á los eclesiásticos, siquiera por estimular los ingenios al trabajo y los talentos al estudio, y porque no se dijera que solo nos ocupamos de nuestra familia y que desatendemos los que no son de casa, que ni aun en esto queremos parecernos á nuestros enemigos, para quienes todo es despreciable y fútil por bueno que sea, si el autor no lleva el nombre de alguno de sus patronos ó pertenece á su escuela, sigue sus máximas, profesa sus doctrinas y oye sus inspiraciones, siquiera ellas le hagan apartarse de todo lo honesto, bueno y santo, y le despeñen en su ruina.

Mas prosigamos con los hombres del clero de otros países. Epifanio hizo un resúmen de las historias eclesiásticas de Sozomenes y Teodoreto, que unido con la continuacion de la de Eusebio, por Rufino, formaron la *Historia tripartita*, que es un manual de la historia eclesiástica de Occidente. Genadio, presbítero de Marsella, continuó la historia de S. Gerónimo. Florencio, llamado Gregorio por su visabuelo, obispo de Langres, es llamado, á pesar de ser obispo, el padre de la historia de Francia, por razon de sus diez libros titulados: *Historia eclesiástica francorum*. Fredegario, monje borgoñon, hizo una crónica general, en cuyos tres primeros libros comprende á Julio Africano, Idacio y Gregorio de Tours. Aimoino, religioso de Fleury, nos ha dejado una historia de Francia en cinco libros. Tenemos, ademas, escritos por Gregorio de Tours, ciento siete capítulos sobre la gloria de los mártires, ciento doce sobre la de los confesores, veinte sobre las vidas de los Padres, en cincuenta los milagros de S. Julian, obispo de Briow; despues los de S. Andrés, y principalmente los de S. Martin; obras todas que pueden pasar por modelos literarios en su tiempo, y que no gustarán á los impugnadores, no por lo desaliñadas ni duras, sino por los objetos de que se ocupan, puesto que en tratándose de asuntos religiosos, tienen tan natural antipatía, como se tienen mutuamente la verdad y la mentira, la virtud y la impiedad,

la inocencia y el crimen, la falsa filosofía y la religión.

Pasando de la historia á las leyendas hallamos que, así éstas como las vidas de los santos, tienen en esta época su origen, y hé aquí cómo en medio de la ignorancia frailesca y clerical surge también un nuevo género de literatura que no disgusta en el día, acaso porque nuestros críticos ignoran su procedencia, y que se debe á esos mismos que ellos ridiculizan y escarnecen. Nosotros no podemos, á despecho de sus iras, desentendernos de esta parte literaria, y vamos á ocuparnos algunos momentos de ella, siquiera nos espongamos á sus furores. Las leyendas y las vidas de los santos multiplicadas entonces, tenían un objeto enteramente práctico, procurando menos seducir el ánimo y satisfacer la razón, que conmover la voluntad. Las maravillosas relaciones de austeras penitencias, los relatos no menos admirables de heroicas virtudes, aquella caridad que todo lo superaba, aquel amor al hombre que todo lo vencía, atrajeron, como era natural, la veneración de los pueblos y el respeto de los magnates hácia unos hombres de quien tanto bien se contaba, y de aquí nació el deseo de saber para imitar, y la precisión de escribir las vidas de los santos para consuelo del pobre, freno del poderoso y de todos modelo. Tal fué el origen de esta clase de literatura, y de él se ve que fué, es y será, utilísima,

por mas que algunos espíritus descontentadizos la quieran impugnar, y que con ella ganó mucho la sociedad y la civilización; aquella porque los hombres se moralizaron, y ésta porque abriéndose un nuevo campo á los talentos, pudieron ejercitarse y adelantar en provecho de las letras y de la cultura.

Entre los hombres que cultivaron y dieron impulso á esta literatura, se cuenta casi el primero Céran, obispo de París. Este ilustre prelado escribió á todos los clérigos para pedirles las piadosas tradiciones de su país. Juan Mosch compuso el *Prado espiritual*, sobre milagros. De esta materia tratan los Diálogos de Gregorio Magno, los escritos de Gregorio de Tours y de Metafrasto. Esto en cuanto á las leyendas. De buen grado confesamos que puede en ellas haber tenido cabida algunas tradiciones que no estén conformes con la crítica, que el hombre ilustrado y pensador se resiste á creer; pero no eran perjudiciales, sino que por el contrario, servían de mucho para moralizar el pueblo, mejorar sus costumbres y hacerle abandonar el vicio y abrazar la virtud, con lo cual no podemos menos de aplaudirlas y reconocer su utilidad en favor de la sociedad y de la civilización, que en ello ganaba, como gana, siempre que las costumbres se mejoran y los vicios se disminuyen y la virtud se fomenta; porque á la moralidad suceden como inseparables compañeras la justicia, la

caridad y la misericordia, así como se asocian á la corrupcion el desórden, la anarquía, los odios, las venganzas y las tropelías de todo género.

Los monjes se ejercitaban en la pintura de aquellas vidas santas, describiéndolas con todas las circunstancias, aun las más minuciosas, y aquellas descripciones y aquellos sucesos mandados al papel, se depositaban en los archivos de los monasterios; y merced á esto sabemos hoy que en aquellos asilos habia almas heroicas, mártires de la virtud, que sujetando sus pasiones y triunfando de sí mismos, hicieron propicio el cielo, y la gracia del Señor inundó sus almas, y vencieron los demonios, y dominaron los elementos, las enfermedades y la muerte. Merced á este cuidado de los monjes y á esta laboriosidad, es como la historia se halla enriquecida con un periodo que abraza quince siglos, y en ellos describe todos los países, todos los usos y todas las categorías. El sabio Mabillon recopiló las vidas de los santos benedictinos. Baronio introdujo muchas en sus *Anales de la Iglesia*, viniendo despues los bolandos á llevarlas á su complemento en su famosa coleccion que tan célebres ha hecho sus nombres.

Nos parece oír á los impugnadores declamar contra nosotros, y aun reirse, de que en el siglo XIX suscitemos estas pruebas en favor del clero, puesto que ellos se valen de ellas para atacarle. Confesamos que así es efectivamente, y añadire-

mos que por lo mismo las presentamos, suplicán-
doles solo un poco de paciencia para oír ó leer
nuestras razones, que no seremos muy largos en
su esposicion, y en ellas quizá variarán de modo
de pensar. Nosotros, ante todo, nos trasladamos
con la consideracion al siglo en que esto sucede;
nosotros nos representamos los males que afligian
la humanidad, los desmanes de todo género que
asolaban las naciones, y en esto vemos la necesi-
dad y utilidad de estos escritos, y en ella la apo-
logía mejor de sus autores. Las leyendas eran una
recreacion de las imaginaciones contra los desór-
denes morales de la época, pues se ponía enton-
ces en evidéncia la bondad, la justicia, que ha-
biendo desaparecido del resto del mundo, y ofre-
ciendo en medio de los dolores aquellas relaciones
tiernas y simpáticas, se proporcionaba pasto á los
espíritus desprovistos de todo otro alimento. Era
para la vida de aquel tiempo, tan cruelmente agi-
tada, un consuelo manifestar la continua asisten-
cia de la Providencia con respecto á los que creen.
En la Biblia se encontraba la imaginacion deteni-
da por los límites de la fé; en las leyendas podia
espaciarse á su antojo el alma, remontar su vue-
lo y variar sus veneraciones, segun los tiempos,
de los mártires á los solitarios, de los grandes
obispos á los artistas, á los literatos, á los héroes,
en fin, á los nuevos apóstoles de un nuevo mundo.

Así planteada la cuestion, fácil es conocer la

verdad y la razon, y yo apelo al testimonio de los hombres imparciales que me digan si estas leyendas consideradas en este terreno son ó no útiles, fueron ó no necesarias en aquella época: yo apelo á esa misma crítica, y quiero que me diga si con ellas se prestó ó no un importante servicio á la literatura; yo apelo, en fin, á cuantos se dediquen á leer estos renglones para que digan si fueron útiles á la civilizacion, á la sociedad y á los Estados, y si lo fueron, ¿por qué acriminar á sus autores? ¿por qué llamarlos ignorantes y mal intencionados?.... Porque les place y nada mas, pues no encontraremos motivo alguno para calificar de un modo tan duro á los que prestan servicios tan importantes á la humanidad, y siempre veremos un contrasentido en llamar holgazanes á los que pasan el dia y la noche trabajando, no solo para su provecho, sino por el bien de los demas, por su ilustracion; pero está visto que en nuestro trabajo hemos de tener siempre la suerte de mirar las cosas de distinta manera, y de creer que es bueno lo que la censura llama malo, y ver un bien social en lo que los censores un mal, y un beneficio donde ellos un perjuicio, y por último, lo que ellos creen una estupidez, nosotros un golpe maestro de genio, una produccion admirable de talento: tal es el mundo, pero á bien que ni todos participarán de sus opiniones, ni todos son eclesiásticos, y por lo mismo hay hombres que sin

pasion pueden juzgar, y á ellos es á quien apelo y reconozco como jueces; ellos decidirán, para lo cual habremos de referir algunas de estas leyendas y en ellas se verá que eran un correctivo de los vicios que dominaban la sociedad, y que si no hubieran sido los milagros y prodigios en ellas referidos, la obra de la Omnipotencia divina y de la gracia debieran proclamarse milagros, porque efectivamente tuvieron un poder sobrenatural para mejorar las costumbres, lo que por sí solo es un verdadero prodigio.

El ejercicio mas ameno de este tiempo y uno de los recursos mas en boga, era tener siempre á mano alguna relacion con que entretener y amenizar los banquetes y las veladas, y los trovadores y juglares ganaban así su vida y discurrían de pueblo en pueblo, de casa en casa, y de castillo en castillo, ejerciendo esta profesion que tan de moda se habia hecho. Gente del siglo y que encontraban su provecho en este arte, no siempre usaron de él con el respeto debido al pudor, á la moralidad y á las costumbres; su conducta muy poco arreglada no podia menos de hacer participar á sus palabras de la obscenidad de sus pensamientos; por otra parte, tenían que adular y no tenían la virtud necesaria para sobreponerse á los halagos del poder y á las seducciones de las riquezas; aparecieron en el mundo como una necesidad de la corrupcion que le dominaba, y fueron conside-